

AKADEMOS es una revista semestral. De amplio espacio editorial, para la publicación de trabajos inéditos de investigación, artículos de análisis, reseñas y opinión, en los distintos tópicos de las ciencias, la tecnología, las artes y la cultura.

15 de septiembre: moral, civismo y cultura nacional

Conferencia Magistral

Matías Romero

Licenciado en Filosofía e Investigador del Centro de Investigaciones en Ciencias y Humanidades, CICH de la Universidad Dr. José Matías Delgado

Cada año, al llegar a la mitad del mes de septiembre, en este valle de San Salvador, que con razón es llamado Valle de las Hamacas, un sismo emocional nos despierta y nos hace saltar de la postura soñolienta.

Es el temblor del entusiasmo cívico. Salimos a izar banderas, a colgar gallardetes, a marchar en desfiles, a desgañitar discursos que a veces se vuelven furiosos y a proclamar una vez más que somos independientes.

Esta conmoción psíquica social merece medirse, meditarse, controlarse, filosofarse y aprovecharse. En qué consiste, qué nos dice, a dónde conduce o no conduce a nada y es

un estremecimiento nervioso, literario, retórico, que nos deja igual que antes. Debemos preguntárnoslo.

La pregunta se suma a otra inquietud que no es ocasional sino que de vez en cuando la vemos aparecer en los medios de comunicación y en los círculos educativos, tocante a la enseñanza sistemática de la ética, asignatura que antes existía con el nombre de moral y cívica. Interesante mezcla se hacía de la ética con el patriotismo.

Más todavía, el problema se nos agrava cuando tocamos el fondo de la filosofía y nos hallamos con que es la sociedad misma

la que, en su evolución cultural, ha puesto en entredicho a la moral universal tradicional y la ha desmenuzado en una serie de sectores sociales que practican ciertas normas de conveniencia ocasional.

No continúo en este descenso porque ofendería el pudor de los oyentes si me atreviera a mencionar los casos del aborto y de los matrimonios infantiles.

Preferible es que, en las aras de una patria que queremos que crezca, no que aborte, y que se corone de gloria, hablemos de moral cívica y de cultura nacional. Son los dos temas que no por primera sino por enésima vez traigo a la consideración del honorable "demos" de la Universidad José Matías Delgado.

El primer problema no es exclusivamente ni especialmente nacional. Es universal, humano. Tampoco es responsabilidad de una humanidad culpable y consciente. Le viene, más bien, a la naturaleza humana de una fuerza que la empuja y la atrae a un continuo cambio. Si se quiere deducir responsabilidad, esta consiste en que el cambio sea para mejorar, no para dañarse a sí misma. La ley del progreso, si queremos decir lo mismo en el lenguaje de la sociología, debe cumplirse con la dirección de una brújula (el destino histórico) y con la fuerza de un timón. Es aquí donde opera la preceptiva de la ética sobre las múltiples posibilidades de la voluntad.

El ser humano es un mecanismo complicado, una maravilla de ingeniería, tanto en la

arquitectura corporal como en esa ciudad psíquica en cuyas moradas, que así las llamaba la mística de Ávila, habitan las ideas, los deseos, los impulsos, buenos y malos. Hay que aprender a manejar ese conjunto que más parece disjunto. No vale decir que hay que seguir la naturaleza, el instinto, la ocasión. Por ahí andan las éticas de diferentes trajes enamorando a la mente moderna con atractivas ofertas. Las éticas empíricas, las valorativas, las utilitaristas, las relativistas, las ocasionales, las hedonistas, las eudemonistas y hasta las anárquicas. No, señores, este vehículo en el que vamos recorriendo el camino de la vida hay que manejarlo con mucho cuidado, con mucho respeto, según reglas minuciosas que tienen su razón de ser.

Seguramente es aquí donde se descubre el talón de Aquiles de toda ética que pretenda cumplir su misión de reglamentar la conducta del hombre. Apenas se pone el moralista a precisar las normas en los miles de casos que a diario se le presentan a la voluntad, salta el espíritu de libertad y rechaza que se le pongan trabas, condiciones y limitaciones. La libertad es enemiga del orden y sobre todo de las órdenes.

Pero bien, vengamos a nuestro momento y digamos que, en un ambiente en el que cada día más se endiosa la libertad, sin preocuparse de definir en qué esa libertad consiste, es necesario volver a la raíz de la racionalidad y reivindicar la enseñanza de la ética, una ética constante y graduada, desde la enseñanza primaria hasta la secundaria y universitaria. Esto nos lleva, inevitablemente, al concepto de una moral de validez universal.

Se me ocurre todavía algo mejor y llamar a esta ética: ética vital.

Si tanto ponderamos la ética hasta llamarla vital, es decir esencial y ontológica, la conclusión es que, en el trabajo de la educación, tiene que ser la ética una asignatura imprescindible y medicinal. Desde luego (y esta es otra conclusión) tiene que entrar en los conceptos de visión y misión de la universidad. La universidad debe estar inspirada por un espíritu ético, es decir, motivada por la responsabilidad de guiar a los educandos por el buen camino. Recuérdese que los primeros cristianos, cumpliendo el mandato de su fundador Cristo, le llamaban a su proyecto de reorientación de la humanidad: el camino. (Hechos de los apóstoles, 18,24-26)

Así pues, la misión de la universidad, de las universidades, es que, con diferentes métodos y estilos, caminen hacia un mismo fin: la formación del hombre completo y auténtico, sin opciones o desviaciones llamadas preferenciales, o sea ataviadas de ideologías de un maniqueísmo divisionista y discriminativo. Es el hombre el que debe formarse, el hombre completo, el único, el que somos todos.

Subrayemos lo que acabamos de decir. Hemos dicho el hombre, no el profesional. El profesional, cuando alguien tiene el privilegio de serlo, es apenas una parte del hombre, una pequeña parte, ciertamente no la principal.

Cuando pues los institutos educativos se dedican a fabricar solo profesionales, están fabricando en sus talleres figuras desconcertantes, unas con solo pies, otras con solo

manos, otras con estómago sin corazón, otras con solo corazón y pulmones, otras con solo cabezas (calvas unas y greñudas otras), otras con solo ojos de distintos colores, etcétera, etcétera.

¿Qué clase de hombre es, entonces, el que debemos formar? Dicho de otro modo: ¿Qué es el hombre? Aquí, quíerose o no, tenemos que descender a las profundidades de la filosofía, de la Biblia y de la teología, si es que somos conscientes de que estamos en la corriente de la cultura clásica, cristiana, occidental.

Mucho decir es esto. Mucho suena. Mucha altisonancia, pero si le damos una sobadita a la herida del oído, en realidad solo estamos hablando el lenguaje de la filosofía perenne y de la razón natural.

Entonces, me dirá alguno, si usted habla de una vuelta a la razón natural, ¿Qué clases de razón es la que nos está dominando ahora? Le contesto inmediatamente: Nos está dominando, una razón que tiene muchos nombres: razón científica, razón artificial, razón mecánica, razón digital, razón celular, razón virtual. Todas estas virtudes artificiales son sumamente valiosas y poderosas. Sencilísimas y manuales, además, porque caben en la bolsa de atrás del pantalón. ¿No es esto maravilloso? Sí que lo es.

Lo que pasa es que esta nueva razón, la poderosa científica, debe ponerse de acuerdo con la vieja razón, la honorable, la eterna, la divina. No tienen por qué ser enemigos y destruirse mutuamente lo viejo y lo nuevo,

el progreso y el orden, la fe y la razón. Por eso es que estamos defendiendo y siempre hemos defendido la existencia y la reivindicación de la ética, la racional, la natural, la tradicional, la que llevamos escrita en el fondo de la conciencia, esa conciencia que es común a todos los seres humanos y gracias a la cual nos entendemos y convivimos a pesar de las diferencias económicas, culturales, raciales, ecológicas.

El segundo tema anunciado y que llamamos de identidad nacional es el de la cultura propia, en nuestro caso la salvadoreña. El tema de la ética universal ha sido de identidad humana. Este segundo tema es de identidad nacional. Dos identidades, la racional y la nacional.

La identidad nacional, la salvadoreñidad, es algo que todavía seguimos buscando, mejor dicho, algo que llevándolo en lo más recóndito y en lo más visible, todavía estamos esforzándonos por definirlo y aprovecharlo. Si se nos dice, con una sonrisa de menosprecio, que este es un tema literario, folclórico, casi humorístico y poco serio, no se nos han entendido pizca de lo que estamos diciendo. La identidad nacional es un tema histórico, etnológico y filosófico que tiene sus derivaciones políticas y económicas. Es un tema serio, óigase bien.

La derivación política consiste en que si un país tiene el orgullo de ser lo que es, no andará con la orfandad de querer copiar modelos desprestigiados y fracasados de ideologías extrañas que solo son del diente al labio y en la práctica se lucen como la continuación del sistema al que han comba-

tido. La aplicación de esta afirmación a un país determinado puede discutirse pero aquí la lanzamos como válida para la historia de la humanidad, en el caso de las revoluciones, a no ser que se demuestre que ha habido revoluciones no sangrientas y que no han terminado en establecer regímenes más duros que los anteriores. La tesis contraria a la de la revolución es la de la *evolución*.

Digamos ahora que, basados los salvadoreños en la infraestructura de la identidad nacional, debemos mantenernos en continua evolución, es decir, en un incansable avanzar hacia el ideal de nuestro destino histórico, guiándonos por las normas de la moral universal de los derechos humanos.

Un 15 de septiembre más en nuestro peregrinar histórico es una oportunidad para pensar estas cosas y relacionarlas con la misión de la universidad, de toda universidad que etimológicamente sea una visión de universo.

Este servidor, sin ser pedagogo ni tener autoridad alguna administrativa, se toma la licencia de señalar dos responsabilidades que no deben descuidarse en el trabajo educativo, además del quehacer estrictamente académico. Comienzo por repetir la afirmación dura y rotunda de que una universidad que solo forme profesionales no es una universidad. La misión completa y fundamental es la de formar hombres y ciudadanos. El hombre es lo humano, lo universal. El ciudadano es el hombre de cada país. De aquí se desprende las dos responsabilidades que queremos puntualizar. La primera es con los alumnos, la segunda con el país.

La responsabilidad de los maestros y de los administradores con los estudiantes consiste en que deben formarles un carácter, una personalidad, un perfil distintivo y distinguido, noble y a la vez popular. Cada universidad pondrá las características de su creatividad.

Todas estas diferencias formarán una fisonomía nacional y un aporte a la cultura. Lo importante es que tal aporte sea consciente e intencional. No suceda lo que se dice de aquel escultor de los que antaño se llamaban santeros. Preguntándosele un día qué santo estaba tallando, contestó: "Si sale con barbas, San Antón; si no, la Purísima Concepción".

Ahora hablemos de lo que un país espera y necesita de la universidad, de toda universidad, además de lo que hemos dicho de esas personas que son hombres y ciudadanos. En esta segunda responsabilidad no hablamos del país como estado o como nación sino del país como totalidad, como territorio, como panorama, como jardín de belleza vegetal y telúrica que nos ha tocado en suerte, en fin, como un organismo que tiene alma y cuerpo, razón y corazón.

Obsérvese que nuestras universidades, como si hubieran nacido de una necesidad biológica y de nutrición, están distribuidas en todo el país, desde Santa Ana y Sonsonate hasta San Miguel. Son como puntos estratégicos y neurálgicos de un sistema de acopio, de reserva, de seguridad y de saneamiento. Líbrenos Dios de que se llegue a dar el caso de la difusión de tendencias nocivas a la salud de la sociedad y

de movimientos de agitación. El buen espíritu es de evolución, no de revolución y menos de "revoltución". Con la excepción de que se nos presente algún caso en que la revolución haya sido sin derramamiento de sangre inocente y que no haya terminado en el establecimiento de una dictadura peor que la derribada. Pensamos en las universidades como reservas intelectuales y morales, como laboratorios del pensamiento y de la investigación científica, como centros de energía de luz y de bienestar espiritual, entendiendo el bienestar no como un bienestarse, quieto y tolerante, cómplice y culpable. Para los cambios y las correcciones hay una fuerza más poderosa que el derramamiento de sangre. Más que la violencia de las armas y del odio, los cambios buenos en el mundo los han producido las ciencias, la filosofía, el arte, el trabajo humilde, la religión, la economía y el amor.

Para terminar estas reflexiones rindo mi tributo de admiración y gratitud a la Universidad José Matías Delgado porque *cum honore* está contribuyendo a que El Salvador sea cada día más una verdadera patria. Con ladrillos, con hierro, con madera y con ideas está levantando la estatua monumental de la nación.

Le pongo firma a mis palabras estampando el lema que se lee a la entrada de la oficina del Rector Magnífico de esta universidad:

**En este lugar reina la paz.
Que nadie la perturbe.**

Matías Romero

